

## FOTOS QUE DAN PIE

### Paisaje de la trashumancia Villanueva de San Carlos: entre el Valle de Alcudia y Campo de Calatrava (Ciudad Real)

*Fotografía y texto: José M. Vilar Pacheco.*



Dehesa "Las Trampas" (Villanueva de San Carlos). Primavera, 2002.

Villanueva de San Carlos, localidad situada en tierras del Campo de Calatrava, en Ciudad Real, debe su nombre al rey Carlos III y a la colonización de Sierra Morena. Ha sido esta tierra lugar de *extremo*, de vereda, para los ganaderos de la Sierra. Aquí arriban todavía los últimos trashumantes serranos de Guadalaviar, como Manolo ('Foli') y su hijo Diego, y muy cerca, la familia Belenchón. A estas tierras, más cálidas en invierno, vinieron también sus ancestros, por necesidad y tradición, para que el ganado siguiera comiendo 'monte', aunque tuvieran que atrochar con animales y penalidades por veredas y cañadas históricas. Vine hace unos años hasta aquí en busca de Manolo, al que conocen en Villanueva además con el sobrenombre de *el Serrano*; porque aquí se llama *serranos* a los pastores y ganaderos que de Cuenca, Soria o Teruel trashuman en otoño a estas tierras. Este mismo

nombre se da en Extremadura a los pastores que bajan de León; mientras que en Córdoba y Jaén —según el *Vocabulario andaluz* de A. Alcalá Venceslada— llaman *serrano* 'a los individuos que vienen de Cuenca, Guadalajara y Soria a servir los molinos de aceite'; otra forma, en definitiva, de trashumancia que conoció la Sierra.

Visité a 'Foli' en *Las Trampas*, la dehesa o quinto que arrienda en San Carlos para traer el ganado en invierno. Al hablar del cercano Valle Real de Alcudia, el escritor Víctor de la Serna definía el quinto como «la extensión de pasto que puede alimentar quinientas ovejas o como decía con su seria gracia lusitana el caballero Ponz, *la extensión de terreno que puede vigilar una niña hilando*, tierna y humana medida hecha a escalas de ojos de niña».

Me acerco a esta frontera entre manchega y andaluza poco antes de que vuelvan los serranos a Guadalaviar, cuando en el sur anda ya la primavera bien consagrada y, sin embargo, en la Sierra apenas se ha iniciado remolona y con recelo. Hay en Villanueva cielos de vellón, perfumados de campo y primavera, entre dehesas mansas. Muy cerca, el río Ojailén y su 'vía verde' trazan el destino hacia Andalucía y la nada. Subiendo hacia Cerrromolino, más allá de La Alameda, un hatajo de cabras se hunde en una maraña de verdes y flores mientras rumia absorto, ajeno al mundo y a sus dimensiones. Desde estas lomas se presiente ya la soledad del valle de Alcudia y la inmensidad de los rebaños legendarios que acogió. No andan lejos Sierra Morena, ni la petroquímica de Puertollano y un sinfín de yacimientos mineros. Pero también dehesas, quintos y ganados trashumantes, que ya no son lo que fueron en tiempos de las cañadas épicas y de la Mesta trasquilada. Al atardecer, baja de las laderas un aroma de tiempo, un aldabonazo de historia vieja como las retamas que florecen entre la dehesa que, algo más alejada, arropa al castillo roquero de Calatrava. Más allá aún, un sorprendente archivo histórico de la Marina, en Viso del Marqués, varado en plena llanura manchega, completa este paisaje de trashumancia.

Uno sale de aquí escuchando —adormecido— la candorosa irracionalidad de los balidos, y rumiando nombres pastoriles, voces serranas, como *camino de carne*, *guirra*, *zorruna*, *truco* o *extremo*; atrás, un año más, se queda la Sierra Morena, y una niña que entreteje ensueños en su mirada mientras repasa la dimensión de un quinto.



Cerromolino, antigua casa de labranza en La Alameda, cerca de Villanueva de San Carlos; (primavera de 2002).



El ganado paca en extremo. Villanueva de San Carlos; (primavera de 2002).